

SERIE BARBARIANS

**ICE
PLANET
BARBARIANS
RUBY DIXON**



PARTE U N O

GEORGIE

Hasta ayer, yo, Georgie Carruthers, no creía en los aliens. Claro que hay muchísimas posibilidades en el universo, pero si alguien me hubiera dicho que unos hombrecitos verdes andan por la Tierra en sus platillos voladores, esperando la oportunidad de abducir a alguien, le habría respondido que estaba loco.

Pero eso era ayer.

¿Hoy? Hoy la historia es muy diferente.

Supongo que todo empezó anoche. En general, fue una noche bastante común. Volví a casa tras un largo día de trabajo en la ventanilla del banco, metí al microondas un paquete de comida congelada, comí viendo televisión y me quedé dormida en el sofá antes de irme a la cama. No fui el alma de la fiesta, pero, oye, era jueves, y los jueves son para trabajar y no para divertirse. Me fui a dormir y de ahí las cosas se pusieron muy raras.

Tuve unos sueños loquísimos. No como esos en los que se te caen los dientes o estás desnuda frente a toda la escuela. Estos fueron mucho más siniestros. Sueños de pérdida y abandono. Sueños de dolor y habitaciones blancas y frías. Sueños de caminar en un túnel y ver un tren avanzando hacia mí. En ese sueño, quería levantar una mano para protegerme de la luz.

Pero, cuando intenté levantarla, no pude.

Eso me despertó. Entrecerré los párpados al encontrarme con la lucecita con la que alguien me apuntaba a la cara. Alguien estaba...

¿apuntándome algo a los ojos? Parpadeé, intentando enfocarme, y me di cuenta de que no estaba soñando. Y tampoco estaba en casa. Estaba en... un lugar completamente distinto.

Luego la luz se apagó y escuché el trino de un pájaro. Entrecerré los ojos de nuevo para que se fueran adaptando a la oscuridad y me encontré rodeada de... cosas. Cosas con grandes ojos negros, enormes cabezas y brazos flacos y pálidos. Hombrecitos verdes.

Grité. Grité como loca, de hecho.

Uno de los aliensladeó la cabeza, mirándome, y el trino del pájaro se escuchó de nuevo, aunque la boca de ese ser no se movió. Algo caliente y seco cubrió la mía, ahogándome, y un olor horrible me llenó la nariz. Mierda. ¿Me iba a morir? Desesperada, abrí la quijada intentando respirar mientras el mundo que me rodeaba se ponía negro.

Luego, me volví a dormir y soñé con el trabajo. Siempre soñaba con el trabajo cuando estaba estresada. Por horas y horas, clientes furiosos me gritaban mientras yo intentaba abrir paquetes de billetes de veinte que no querían ceder. Intentaba contar monedas solo para distraerme. Por lo general, no hay nada peor que soñar con el trabajo, pero ese sueño fue un alivio. Sin trenes. Sin aliens. Solo con el banco. Y con el banco sí puedo lidiar.

Y eso me lleva a... hoy.

Estoy despierta. Despierta y no muy segura de quién soy. Mis ojos se abren poco a poco y miro a mi alrededor. Por el olor pensaría que estoy en una alcantarilla; puedo sentir una pared detrás de mí y me duele todo el cuerpo. Siento la cabeza nublada y me cuesta trabajo pensar, como si aún no hubiera despertado por completo. Mis piernas y brazos se sienten pesados. Como si estuviera drogada. Alguien me drogó.

No alguien. *Algo*.

Mi respiración se altera cuando vuelve la imagen mental de los aliens de ojos oscuros. Los busco. No sé dónde estoy, pero estoy sola.

Gracias a Dios.

Entrecierro los ojos en la penumbra, intentando vislumbrar lo que me rodea. Parece ser una habitación grande y oscura. Hay una tenue luz naranja que sale de los tubos que cruzan el techo a unos seis metros arriba. Las paredes son negras y, si no supiera que no es posible, diría que parece una bodega de carga de una nave en una extraña película de ciencia ficción. En la pared frente a mí veo seis enormes tubos de casi dos metros que recorren la pared en vertical, como casilleros. Unas luces verdes y naranjas suben y bajan por los lados de los tubos formando distintas figuras y puntos que podrían ser una especie de escritura alienígena. En la pared más lejana hay una puerta oval alargada. Pero no puedo ir hacia allá, porque estoy detrás de una especie de reja metálica.

Y, además, hay un olor horrible. De hecho, no es solo un olor, son varios. Como un coctel de orina-mierda-vómito-sudor que me da ganas de vomitar. Intento cubrirme la boca con la mano, pero mi brazo se tarda mucho en responder y lo único que puedo hacer es sacudirla un poco. Guácala.

Giro mi cabeza drogada para recorrer con la mirada toda la habitación. Viéndolo bien, en realidad no estoy sola. De este lado de la reja hay más cuerpos, todos hechos ovillo y dormidos. En la tenue luz alcanzo a contar siete, quizá ocho figuras como de mi tamaño, acurrucadas unas sobre otras como cachorritos. Teniendo en cuenta que estamos de este lado de la reja metálica, comienzo a sospechar que estoy en una especie de cárcel.

O en una jaula.

Supongo que, si ya voy a estar en una jaula, podría ser peor. Hay suficiente espacio para ponerme de pie, aunque no mucho más que eso. Al menos no hay aliens aquí. Quiero entrar en pánico, pero ya ni eso puedo. Es como cuando vas al consultorio del dentista y recibes una dosis de gas de la risa. Me cuesta trabajo concentrarme en cualquier cosa.

Al sentir un dolor en la parte descubierta de mi brazo, me paso torpemente los dedos por encima. Tengo varios bultos que antes no estaban ahí y, al tocarme con más fuerza, siento algo duro bajo mi

piel. ¿Qué carajos? Intento observar los bultos entre la penumbra, pero no alcanzo a ver nada. Me llegan imágenes de los aliens, la luz en mis ojos, las pesadillas, el terror... y entro en pánico. Un quejido se escapa de mi garganta.

Una mano toca mi otro brazo.

—No grites —susurra una chica.

Con pesadez, giro mi cabeza hasta que la veo. Es más o menos de mi edad, pero rubia y más delgada que yo. Tiene el cabello largo y sucio, y sus ojos se ven enormes en su rostro flaco. Echa un vistazo por la habitación y luego se lleva un dedo a los labios, por si no entendí lo que me acaba de decir.

«Silencio». Bueno. Okey. Ahogo el grito que va subiendo por mi garganta e intento mantener la calma. Asiento. «No grites. No grites». Yo puedo controlarme. Yo puedo.

—¿Estás bien?

—Sííí... —respondo lentamente, pues mi boca no logra formar la palabra. Y... se me cae la baba. Maravilloso. Levanto una de mis pesadas manos para limpiarme la boca—. Ferdón...

—No pasa nada —dice ella antes de que yo vuelva a entrar en pánico. Está hablando en voz muy baja para no despertar a las demás—. Todas tenemos un poco de resaca al despertar. Drogan a todas al llegar. En un rato se te pasará. Soy Liz.

—Georgie —le digo, tomándome mi tiempo para pronunciar mi nombre correctamente. Me paso una mano por el brazo y señalo hacia los extraños bultos—. ¿Quessstá pasando?

—Pues... te abdujeron los aliens. Pero supongo que eso es obvio, ¿verdad?

Sonríó con sarcasmo. O eso intento. Probablemente solo se me volvió a caer la baba.

Liz se acomoda junto a mí.

—Bueno, a ver si puedo darte algunos pormenores. ¿Ves a toda esta gente? —Señala a las demás personas en la jaula, todas dormidas—. También la abdujeron. Todas son de la Tierra, la mayoría de Estados Unidos. Creo que hay alguien de Canadá. ¿Tienes veintidós?

—¿Zí?

—Claro, me imaginé. Todas tenemos esa edad. Déjame adivinar más: ¿vives sola, no estás embarazada, sin problemas de salud significativos, sin familia cerca?

—¿Cómo...?

—Porque todas estamos igual —dice Liz con tono lúgubre—. Todas las chicas que secuestran tienen la misma historia. Salvo Megan. Ella sí estaba embarazada. Dijo que tenía dos meses y se lo sacaron como si nada. —Liz tiembla—. Así que supongo que adonde sea que nos lleven, no quieren embarazadas. Solo chicas jóvenes y saludables.

Ay, Dios. Trago saliva con dificultad, intentando no vomitar. Ni siquiera hay espacio para hacerlo, aunque sospecho que justo por eso este lugar huele a cloaca. El olor de Liz tampoco es exactamente agradable.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Yo? —me pregunta—. Dos semanas. Kira es la que más tiempo tiene, hasta donde sabemos. Es la que trae el auricular.

Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie con un auricular.

—Es un traductor —explica Liz—. Pronto lo verás. Te estoy dando demasiada información de golpe, ¿verdad? A ver, empecemos de cero. ¿Ves esos tubos? —Señala la pared más lejana, donde están esas cosas que parecen casilleros enormes—. Kira vio lo que había adentro. Dijo que ahí hay más chicas como nosotras.

Ahogo un grito, y el sonido sale casi como un lloriqueo. ¿Más gente?

Liz sacude una mano frente a mí, indicándome que no debemos hacer ruido, y yo asiento, frotándome los bultos en el brazo para aplacar la comezón. Ella mira a todas partes para ver si alguien viene y, como no llega nadie, se acerca aún más a mí. Huelo su cuerpo junto al mío, su aroma a sudor, pero humano.

—Sí. Se llevaron a Kira y dice que se pusieron a hablar con ella y, como no les entendía, la jalaban de la oreja y casi le engraparon una especie de auricular para traducir. Pero supongo que solo tenían una de esas cochinas, así que a ella le toca traducirnos a todas.

—¿S... se lo engraparon? —repito, horrorizada.

—Sip. Como lo que les ponen a las vacas para identificarlas. —Liz hace un gesto de dolor—. Perdón, soy de Oklahoma. Supongo que esa imagen no me perturba tanto como a ti. ¿De dónde eres?

—De Orlando. —No estoy segura si mi boca logrará decir «Florida» sin soltar un chorro de baba.

Ella asiente.

—Creo que somos de todos lados. Pero, bueno, por lo que Kira ha escuchado, nuestros nuevos amigos son una especie de contrabandistas. Adivina qué es lo que trafican.

—¿Chicas?

—Así es. —Señala de nuevo hacia los casilleros—. Yo creo que venían por unas seis y les fue tan bien que decidieron meter unas cuantas más para sacar mejor tajada o algo así. Kira dice que llega una nueva como cada dos días. Suponemos que nos van a empacar como sardinas para luego vendernos a... quién sabe. Da igual. —Se estremece—. Intento no pensar en lo que pasará más adelante, porque si lo hiciera terminaría gritando, y no quieres saber lo que pasa cuando te pones a gritar.

Ay, no.

—¿Qué...?

—Pronto lo verás —dice Liz con horror en la voz—. Solo confía en mí. A los flacuchos no les gusta el ruido. No lo olvides, ¿de acuerdo?

Recuerdo la advertencia que me hizo antes.

—Bueno. Mi... brazo...

—¿Los bultitos? Sí. Tienen una especie de doctor... o veterinario, quién sabe. Viene cuando llegamos, nos encaja un montón de agujas, nos mete una cosa plateada debajo de la piel y se va. Creo que es como cuando el veterinario llega a la granja a inocular a las vacas y ponerles el rastreador en la oreja. Aunque a nosotras nos lo ponen en el brazo. Ya estoy comparándonos con vacas otra vez. Probablemente no debería hacerlo, ¿verdad?

—Porque... comemos... vacas.... —digo torpemente mientras se me escurre la baba.

Liz suelta una risita ahogada.

—Sí, algo así. Pero creo que se están esforzando demasiado solo para comernos. A menos que seamos una especie de platillo gourmet, lo cual no sería impensable. Pero... bueno.

—Bueno —repito.

—Intenta dormir si puedes —murmura Liz, dándome unas palmaditas en mi brazo adolorido—. Dormir es el único escape que tenemos. Disfrútalo.

Qué optimista es Liz. Me envuelvo el pecho con los brazos y noto que aún traigo la pijama de camiseta sin mangas y shorts con los que me fui a dormir. No calienta ni cubre mucho, y tontamente lamento no haberme ido a dormir con una enorme pijama de franela.

Y luego me dan ganas de llorar al pensar que no me vestí correctamente para una abducción alienígena. Mis hombros se sacuden por la risa hasta que la risa se transforma en lágrimas. Y, pues, sí. ¿Ayer? No creía en los aliens. Pero eso fue ayer.

Sin hacer ruido, sigo llorando hasta quedarme dormida.

En mi segundo día en la nave aprendí un par de cosas.

Aprendí que no hay baño. Parece que nuestros secuestradores no planearon tan bien lo de retacar-la-bodega-de-chicas-robadas. Tenemos que arreglárnoslas con una cubeta en la esquina, y por eso apesta a alcantarilla. Adiós a la dignidad. No hay nada como esperar tu turno en la cubeta de la caca para perder la poca humanidad que te queda.

Aprendí que la comida son unos bloquecitos que parecen algas secas y saben a mierda. Nos dan dos de esos al día. ¿Agua? Sale de una especie de grifo en la pared que me recuerda a un comedero de roedores.

Las ronchas de mi brazo desaparecieron en unas horas, aunque aún tengo un bultito duro. Entre tocármelo y observar los brazos de las otras chicas, concluí que es una especie de rastreador electrónico que nos implantaron. Igual que los del ganado, como dijo Liz. En ese momento me parece bastante acertado.

Aprendí que hay dos clases de aliens. Los verdes enclenques, que parece que están a cargo, y los que tienen cabeza de balón de basquet, que son los de seguridad. Si les digo «cabeza de balón» no es porque tengan cerebros enormes, sino por la textura grumosa, anaranjada y sin pelo de su piel. Se ve rarísima sobre el cuello de los trajes grises que usan todo el tiempo. Los cabeza de balón son bastante horrorosos, pese a lo estúpido de su nombre. Tienen unos extraños ojos como de insecto cubiertos por un párpado opaco y dientes como agujas. Tienen dos dedos y un pulgar en vez de cinco, y son altos. Los hombrécitos verdes, los que hacen ruidos de pájaro, no miden más de un metro y casi nunca vienen, pero los cabeza de balón se la pasan en la bodega.

Todas les tienen miedo.

Eso lo acabo de descubrir al despertar por la mañana, aunque supongo que podría ser la tarde, y ver que todas ya están despiertas. Parece que las drogas ya salieron de nuestro sistema. Bostezo disimuladamente y parpadeo. No quiero hacer ruido, porque el silencio es bueno. Me toma un momento darme cuenta de que todas se están yendo al otro lado de la jaula, agazapándose para estar lo más lejos posible de los barrotes. Se me erizan los pelitos del cuello y sigo a las demás hacia el fondo. Quiero preguntar qué está pasando, pero en cuanto abro la boca, Liz niega con la cabeza sin hacer ruido, mirando fijamente a algo detrás de mi hombro.

Me doy la vuelta y hago un gesto de miedo al ver a un alien cabeza de balón observándome entre los barrotes. Hago otro gesto de miedo cuando me lanza una sonrisa lasciva y me acerco más a las otras chicas.

—No grites —murmura alguien con tono de advertencia.

Qué pinche miedo. Asiento. Ni loca haría el más mínimo ruido.

Los cabeza de balón se pasan todo el día en nuestro cuarto. Es como si estuvieran esperando algo, y tengo miedo de preguntarme qué es. Nos quedamos apiñadas en la esquina de la jaula, tensas, y tras unas horas, nos traen a otra chica inconsciente. Nadie intenta escapar cuando abren la puerta. Solo observamos mientras echan a la nueva chica a la jaula y nos encierran de nuevo.

Ya me imagino por qué nadie intenta escapar. ¿Adónde iríamos? Y las consecuencias de desobedecer deben ser terribles, porque todas en la jaula les tienen un miedo profundo a los cabeza de balón.

Alguien toma a la chica nueva del brazo e intenta jalarla hacia nosotras. Tiene más o menos mi edad y un hermoso cabello rojo. Noto que los cabeza de balón vuelven a la jaula y comentan cosas en su idioma extraño, haciendo gestos con las manos de vez en vez. Luego se ríen, y su risa es un sonido agudo y espeluznante que destruye mis frágiles nervios.

Es casi como si estuvieran haciendo apuestas sobre la chica nueva.

Unas horas después, ella despierta. Yo estoy en cuclillas junto a Liz, con sopor, y me sobresalto al escucharla tomar aire desesperadamente.

La chica abre los ojos de par en par y suelta un sollozo.

—No grites —ordena una voz susurrante. No sé quién lo dijo, aunque seguramente todas lo estábamos pensando.

Pero la pelirroja no escucha. Mira a su alrededor, entra en pánico y comienza a gritar. Su chillido hace eco en la bodega. No se calla, por más que las otras le hacen gestos con las manos y la tocan, intentando tranquilizarla. Está histérica, y sus gritos se van volviendo más fuertes y más llenos de pánico conforme va recuperando la conciencia. La chica sacude los brazos y esquiva frenéticamente las manos que intentan calmarla.

De pronto se escucha un pitido desde el techo.

Las demás chicas en la jaula se quedan extremadamente quietas.

Unos extraños trinos que salen del intercomunicador llenan el aire.

Uno de los cabeza de balón toca un panel que se enciende y el alien responde al llamado con sus gorgoros. Las chicas parecen encogerse hacia la pared cuando el otro cabeza de balón se acerca a la jaula y abre la puerta.

Ahí está la libertad, pero nadie intenta alcanzarla.

Los alienígenas toman a la pelirroja. Es una luchadora, eso es indiscutible. Suelta golpes y se retuerce mientras la jalonean, gritando obscenidades en francés y suplicando que alguien la ayude. Todas las demás observan en silencio.

Yo no puedo más e intento levantarme para ir a ayudarla. Liz me agarra por la pierna.

—No lo hagas —sisea—. No atraigas su atención, Georgie. Hazme caso.

Aunque va contra todos mis instintos no hacer nada, yo también estoy aterrada. Es tan fácil quedarme escondida entre la masa de chicas. Sentarme a ver qué pasa cuando alguien desobedece la regla de silencio implícita. Y me odio por eso.

—No mires —me susurra Liz.

Pero miro. Alguien tiene que mirar. Alguien tiene que verlo. Cuando todo termina y la chica ya no está luchando contra nada, siento náuseas. Lo que acabo de ver...

Liz me aprieta la mano.

—Kira dice que tienen permiso de sus superiores de «disciplinar» a cualquier prisionera que tenga un mal comportamiento.

Asiento y al fin desvío la mirada mientras los aliens hablan en su extraño idioma y cambian de lugar una vez más. Supongo que la chica ya está bien «disciplinada». Quiero gritar, pero no se permiten los sonidos fuertes. Me entierro las uñas en las palmas de las manos y miro la fila de rostros pálidos que me acompañan en la jaula, intentando adivinar cuál es Kira. Al fondo hay una chica con cabello perfectamente lacio y café que está llorando con las manos sobre las orejas. Es como si no soportara escuchar lo que se está diciendo, pero la pelirroja está en silencio. Lo único que se escucha es la plática de los aliens.

Esa debe ser Kira. Es la única que puede entenderlos, gracias al dispositivo que le implantaron en el oído. Observo a las otras. Están en shock, mirando hacia otro lado. Una chica tiene una expresión de horror y pesar, y me pregunto si ella también fue una de las gritonas. Pero no quiero saber. Cierro los ojos, intentando que el mundo desaparezca. Intentando existir en una burbuja silenciosa donde nada de esto es real. Donde, si me pellizco el brazo con la fuerza suficiente, todo se irá y despertaré.

Pero cuando cierro los ojos, veo el rostro de la pelirroja siendo atacada y cómo el alien responsable de ese acto no deja de platicar con

su amigo. Como si no fuera gran cosa, solo un día más en la oficina, cosas normales que pasan junto al dispensador de agua.

Liz tiene razón. Para estas cosas no somos más que ganado. Nos van a vender a alguien para que nos viole, nos coma, o ambos. O algo más horrible que ni siquiera me puedo imaginar.

Pero yo no voy a aceptar ese destino sin hacer nada al respecto. Me abrazo las piernas contra el pecho y observo a mi alrededor. Miro cada rincón y cada recoveco de las extrañas paredes, investigando si hay algo que pueda usar como arma.

Porque voy a matar a esos horribles bastardos grumosos si intentan siquiera tocarme.

En toda la semana no llega nadie a la nave, así que comienzo a sospechar que estamos «llenos», lo cual es bueno, considerando que nuestra pequeña bodega se siente más y más abarrotada con cada hora que pasa. Ahora, con Dominique, la pelirroja que fue atacada, entre nosotras, estamos como sardinas.

Aunque nadie se está quejando.

Liz y yo hablamos en voz baja durante la noche, cuando los guardias nos dejan solas. Seguramente ya vamos hacia el espacio. En los últimos días se nos han estado tapando los oídos a cada rato, y sospechamos que hemos comenzado a viajar a máxima velocidad.

Y no sabemos qué hacer al respecto.

—Empezaremos matando a los guardias —le digo a Liz y a Kira por segunda vez esta noche—. Parece que los hombrecitos verdes mandan a los cabeza de balón a hacer todo el trabajo pesado. Creo que, si nos deshacemos de los anaranjados, quizá podríamos imponernos para que nos regresen a la Tierra.

—Hay una pequeña falla en el plan, Georgie —dice Liz, que siempre es tan práctica, y señala hacia los barrotes de la celda—. Estamos de este lado, y ellos están del otro. Y tienen armas.

—Tenemos que hacer algo para obligarlos a abrir la puerta. —La voz bajita de Kira se abre paso en la oscuridad—. Diría que esperaríamos a que traigan otra prisionera, pero...

—Sí —digo, con tono pensativo, y mi mirada se va hacia el rincón donde Dominique está agazapada y sola. Ha estado destrozada desde que la devolvieron a la jaula. Pero claro que ya no hace ruido. Se pasa las horas despierta con un puño en la boca, mordiéndoselo mientras las lágrimas le corren por la cara. Y se niega a todos los intentos de acercarnos a ella para ofrecerle nuestra amistad o tranquilizarla. Tomará tiempo y paciencia, pero, como estamos retacadas en algo del tamaño de un clóset, la paciencia se nos está acabando.

Miro de nuevo hacia los rostros lúgubres de Kira y Liz, pensando.

—¿Qué tal si todas fingimos que estamos enfermas la próxima vez que vengan a alimentarnos?

—Eso no sería muy complicado —dice Liz—. Las barras de alga son una asquerosidad.

Pero Kira niega con la cabeza.

—¿Y si deciden que, como todas estamos enfermas, simplemente nos aventarán al espacio? Somos extras, ¿recuerdan? Mientras tengan su cuota en esos contenedores, no tendrán problema en deshacerse de nosotras. —Señala hacia los casilleros al otro lado de la habitación.

No se me olvidan. No sé si me dan celos de que no tengan idea de lo que nos está pasando o si me horroriza lo que van a vivir cuando despierten. Pero Kira tiene razón. Que la gente de los contenedores esté segura nos hace innecesarias, y no voy a agregar «sabotear los contenedores» al plan de escape. Y no estoy dispuesta a abandonarlas. Simplemente tendremos que considerarlas en el plan.

—Entonces —digo—, ¿qué tal si gritamos?

Kira traga saliva escandalosamente.

—Eso me aterra. —Mira sobre mi hombro hacia Dominique y se estremece.

—A mí tampoco me gusta la idea —le aclaro—. Pero ¿qué opciones tenemos? Si una persona se porta mal, las demás estarán a salvo, ¿verdad? Así llamamos su atención, hacemos que abran las puertas...

—¿Y? —me interrumpe Liz—. ¿Qué? ¿Qué nos violen?

—No. —No quiero ni pensar en eso—. Necesitamos una distracción. Podemos correr hacia ellos cuando abran la puerta. Somos más que ellos.

—Pero tienen armas —señala Kira.

—Pero si todas corremos...

—Les van a disparar a las que vayan al frente —dice Liz—. No quiero estar aquí, pero tampoco quiero morir. Y además no sé qué harían las otras. No son guerreras. Ninguna lo es.

—Pero ¿qué otra opción tenemos? —protesto—. Podemos ser las esclavas perfectas y aun así nos violarán y nos venderán a cambio de quién sabe qué. Al menos si peleamos tendremos una esperanza.

—No, tienes razón. —Liz se lleva las rodillas al pecho, pensando—. Creamos una distracción, hacemos que abran las puertas, corremos hacia ellos, les quitamos las armas y tomamos el control. Solo necesitamos asegurarnos de que Kira esté protegida durante todo ese proceso.

—¿Yo? —Kira parece sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque tú eres la que tiene el traductor —aclara Liz con pesar—. No podremos convencerlos de darse la vuelta y volver a la Tierra si te disparan y ya no podemos hablar con ellos.

Tiene un punto.

—Yo seré la distracción. Es mi plan.

—¿Segura?

Pero claro que no estoy segura. Hasta la más mínima parte de mi cuerpo tiembla de terror al pensar en esas criaturas con piel grumosa tocándome, pero ¿qué otra opción tengo? ¿Sentarme y no hacer nada? ¿Aguantarme y dejar que esas criaturas decidan mi destino? Ni loca.

—Lo haré.

Como si estuviera diciendo que está de acuerdo conmigo, la nave se sacude y se va en picada, haciendo que todas salgamos volando dentro de la jaula.

Obviamente nadie grita. Sabemos que no nos conviene.

Por segunda vez en el día, la nave se sacude. Las turbulencias son un poco ridículas, considerando que estamos en el espacio. ¿No se supone

que aquí se viaja sin sobresaltos? Mi estómago se sacude al ritmo de la nave, pero lo ignoro.

Casi es hora de poner en marcha nuestro plan.

Miro al guardia que va de aquí para allá afuera de nuestra celda. Es lo que se considera «la hora de dormir», cuando recibimos la última barra de algas del día y los guardias ya se aburrieron de acosarnos. Normalmente, después de la última comida, cambian nuestra cubeta de desechos y se van.

Pero esta noche las cosas están raras. Aunque nuestra cubeta está casi llena, el cabeza de balón no ha venido por ella. Constantemente se escuchan trinos por el intercomunicador y el guardia en la habitación se va poniendo más y más nervioso conforme pasan los minutos.

Y la nave no deja de sacudirse.

—¿Qué está pasando? —le susurro a Kira mientras observamos al guardia ir y venir de un lado a otro, distraído—. ¿Dónde está el otro cabeza de balón?

—No lo sé —reconoce, con una mano sobre la oreja y el dispositivo plateado que lleva ahí—. Algunas de las palabras no se traducen. O sí, pero no sé qué significan. —Niega con la cabeza—. Pero creo que algo anda mal con el motor. Están hablando de soltar el cargamento y dejarlo en un lugar seguro.

Me da un vuelco el estómago.

—Eh... nosotras somos el cargamento.

Kira hace un gesto de pesar.

—Lo sé. Pero aparentemente van a fallar en una fecha de entrega si lo hacen, así que están viendo cómo arreglarlo.

—Qué suerte tenemos —mascullo, mirando al guardia. Solo es uno. Normalmente hay dos. Mi cuerpo se tensa al comprender que si sometemos a ese guardia... solo tendremos que encargarnos del otro después. Nuestras probabilidades son mucho mejores si aplicamos lo de «divide y vencerás».

Y si tenemos su arma.

—Creo que deberíamos seguir adelante con el plan —digo en voz baja mientras el guardia comienza a caminar de nuevo.

—No sé —responde Kira, mordiéndose el labio. Pero Liz asiente.

—Lo vamos a hacer —les susurro a las demás en la jaula. Las chicas parecen incómodas, pero se hacen a un lado para darme espacio. Si yo estoy dispuesta a sacrificarme, ellas están dispuestas a dejar que me sacrifique.

Me armo de valor, voy hacia el frente de la jaula y meto la cabeza entre los barrotes de esta prisión.

—Oye.

El guardia no voltea. Solo sigue caminando de aquí para allá, mirando nerviosamente hacia el techo, como si esperara que lleguen más de esos extraños trinos que son órdenes.

—Oye. Acá. —Intento de nuevo. Debo reconocer que me sorprende que no me haga caso. Normalmente aprovechan cualquier excusa para castigarnos. La semana pasada vi cómo violaron a otra chica porque gritó al tener una pesadilla. Pruebo con una táctica distinta para llamar su atención.

Le lanzo un enorme escupitajo.

Cae en la parte de atrás de su cabezota calva, y ahora sí deja de caminar. Sus extraños ojitos de pescado se ponen muy redondos al voltear a verme, y luego cruza la bodega hacia nuestra jaula.

—Buen trabajo, Georgie —susurra Liz.

Tomo aire y asiento. Yo no me siento tan bien al respecto, pero bueno. Me voy al fondo de la jaula como teníamos planeado, para que tenga que entrar por mí, y cuando las demás chicas me rodean, tomo la cubeta de caca entre mis brazos.

La idea que tenemos es esta: le voy a echar encima la mierda para distraerlo más, y entonces las demás usarán ese tiempo para echársele encima. Ya que lo tengamos rodeado y sometido, le quitaremos su arma. Claro que no sabemos usar un arma alienígena, pero eso lo resolveremos luego. Mientras él no la tenga, llevaremos ganada la mitad de la batalla.

Al levantar la cubeta de caca, me doy cuenta de lo pesada que es y lo débil y letárgica que estoy por las raciones infames con las que nos alimentan. El peso me hace tambalearme y hago un gesto de

asco cuando un poco de la mierda salpica por la orilla y me cae en el brazo. Carajo.

El alien suelta un gruñido que parece ser una maldición en extra-terrestre y abre la jaula.

Justo como no estaba planeado, las demás chicas se echan para atrás, aterradas, y me dejan con la cubeta de desechos y una expresión estúpida en la cara mientras esa cosa avanza hacia mí.

Le lanzo el contenido en el mismo momento en que intenta agarrarme, pero la cubeta está tan pesada que termina salpicándonos a los dos. El alien me toma del brazo y suelto un grito de sorpresa mientras sus dedos se entierran en mi bíceps. Su piel grumosa no solo es fea, sino que además está áspera y me raspa la piel como lija.

Me lanza un insulto y comienza a arrastrarme.

—No —dice Liz, tomándome del otro brazo mientras me retuerzo para soltarme del alien. ¿Dónde está nuestro gran plan de ataque? ¿Por qué las otras están agazapadas como conejos asustados? Miro a Kira, mi otra coconspiradora, pero tiene la cabeza ladeada y una expresión rara en el rostro mientras observa el techo. Se escuchan unos trinos que vienen desde arriba.

—¿Comienza la separación? —pregunta Kira, con un gesto sorprendido.

El suelo se inclina hacia un lado y salimos volando.

Mi cuerpo surca el aire y azoto al otro lado de la habitación contra los casilleros inmóviles, y me quedo sin aliento.

El mundo entero se mueve y da vueltas, y la bodega se llena de mujeres gritando. Algo húmedo salpica mi brazo y la cubeta de desechos sale volando también. Luego todo se queda suspendido y las luces se apagan, dejándonos en completa oscuridad.

Una luz roja se enciende. No puede ser buena señal. Las luces rojas siempre son de emergencia, ¿verdad?

Observo la habitación que ahora es roja y veo cómo van flotando los glóbulos de mierda. Al fondo, alguien gira en el aire. Ya no tenemos gravedad.

¿Qué diablos?

Intento enfocar mis ojos mientras algo pasa danzando sobre mi cabeza. Algo negro, oblongo, con un cañón grueso.

El arma.

Ay, Dios. Impulsándome con uno de los casilleros, surco el aire hacia el objeto, y justo en ese momento la gravedad vuelve, así que termino azotando contra el suelo sobre el arma.

A unos metros de mí, el guardia también azota. Mientras todo esto pasa, esos extraños trinos se han seguido escuchando por el intercomunicador.

Tomo el arma y busco el gatillo mientras el guardia gime y sacude la cabeza, intentando recomponerse. No hay gatillo. Carajo. Igual me servirá como porra. La tomo por su gruesa base y la levanto para darle en la cabeza al guardia.

Crack.

El guardia se tambalea.

No me detengo y lo golpeo una y otra vez. Crack. Crack. Una y otra vez, azoto la culata del rifle en su cabeza. Él no se mueve, pero yo no me detengo. Me aterra pensar que pudiera tener cráneo de granito y se dé la vuelta y me someta. Así que solo sigo golpeándolo.

Unas manos me detienen.

—Georgie. Oye, Georgie, basta. Creo que está muerto. —La voz de Liz se abre paso entre la niebla en mi cabeza—. Ya puedes parar.

Bajo la velocidad de mis golpes, mirándola a ella y luego al guardia. O a lo que queda del guardia. Su cara ya no es más que un montón de carne sobre su cuello.

Lo observo por un momento. Y luego vomito.

—Lo lograste —dice Liz, acariciándome el cuello—. Carajo. ¡Lo lograste, Georgie! ¡Eres una maldita guerrera!

Yo no me siento tan guerrera. Me siento asqueada. Acabo de matar a un hombre. O algo parecido a un hombre. Más o menos. Y sin duda a un violador.

Pero, aun así, es un ser vivo.

Era. Era un ser vivo.

El estómago se me revuelve de nuevo y me llevo la mano a la cara para limpiarme la boca, pero me detengo. Huele a cloaca. Guácala. Yo también estoy cubierta y todo el lugar está salpicado.

—¿Qué diablos pasó?

—No lo sé —dice Liz, mientras me ayuda a ponerme de pie.

Me duele todo, especialmente las costillas de cuando caí sobre el arma. Me aferro a ella. No me importa si está cubierta de caca y sesos y todo lo demás, ahora es mía.

Un trino metálico sale de los altavoces justo cuando se me destapan los oídos. Liz se lleva las manos a las orejas al mismo tiempo que yo y nos miramos, sorprendidas.

Kira sale corriendo de la jaula.

—¡Señoritas! Tenemos problemas más grandes. El mensaje de allá arriba dice «prepárense para el reingreso». ¡Creo que eso significa que nos vamos a estrellar!

Mierda.

La nave se va en picada de nuevo y salgo volando por el aire para estrellarme otra vez contra los casilleros. Algo me golpea en la cabeza y todo se vuelve negro.

—Oye —dice una voz conocida en mi oído—. Oye, despierta. ¿Estás bien, Georgie?

Lentamente recupero la conciencia y suelto un lamento al sentir un dolor punzante en mi frente. Luego, un instante después, el dolor ya no solo está en mi cabeza. Me duele cada parte del cuerpo, sobre todo la muñeca. Es como si tuviera ahí un fuego que va corriendo hasta el codo. Miro a Liz con los ojos entrecerrados mientras se me acerca.

—Auch.

Ella me sonríe, mostrándome su labio hinchado y un enorme moretón en la mejilla.

—Estás viva. Eso siempre es bueno. —Se pone en cuclillas y me ofrece una mano—. ¿Te puedes sentar?

Con su ayuda logro sentarme, entre gestos de dolor. Esa posición solo hace que todo me duela aún más.

—¿Qué pasó?

—Nos estrellamos —me dice—. La mayoría terminamos inconscientes tras rebotar de aquí para allá. Hay algunos huesos rotos, algunas narices sangrantes y dos que no sobrevivieron.

La miro, impactada, y luego observo el lugar.

—Dos personas... ¿murieron? ¿Quiénes?

—Además del guardia del que te encargaste, Krissy y Peg. Parece que se rompieron el cuello. —Señala con la cabeza hacia la esquina más lejana—. Pobrecitas.

Trago saliva para deshacer el nudo de pesar en mi garganta. No las conocía mucho, pero sí conocía su terror y su miedo. Me alegra estar viva. Abrazo a Liz y ella me responde el gesto. Por un momento, solo sentimos el alivio de estar respirando y estar, en su mayoría, sanas. Miro sobre su hombro y noto que toda la bodega parece estar inclinada. El suelo metálico está cubierto de escombros, ladeado y congelado. Me pongo torpemente de pie con ayuda de Liz y miro sorprendida a mi alrededor.

Varias de las chicas están agazapadas en una esquina. Megan abraza a Dominique e intenta tranquilizarla mientras esta ahoga sus chillidos. Otras siguen tiradas en el suelo, inconscientes, y veo dos cuerpos apilados en la esquina junto al guardia muerto. El cabello oscuro de Krissy le cubre la cara y esconde sus facciones. Es lo mejor. Miro a otro lado. Por allá, Kira intenta ayudar a otra chica a enderezar su pierna obviamente rota. Kira también tiene la cara llena de golpes y le está corriendo sangre del implante de la oreja.

Todas se ven muy mal, magulladas y heridas. Me miro las piernas, pero parece que están bien. Mi muñeca, en cambio, está hinchada y un poco amoratada, y siento como si tuviera fuego en las costillas.

—Creo que me la rompí —digo, extendiendo mi brazo lastimado. Giro con cuidado la muñeca y casi me desmayo al sentir el dolor que ese movimiento provoca por todo mi cuerpo.

—Supongo que ya no vas a andar aporreando aliens —dice Liz con tono divertido—. Si no está roto, te lo torciste horrible. Deberías verme los dedos del pie izquierdo. También están muy mal. Como si

hubieran intentado hacer una retirada estratégica hacia el interior de mi pie, pero hubieran fallado.

La miro con gesto escéptico.

—Entonces, ¿por qué estás de tan buen humor?

—Porque somos libres —me responde animada—. Somos libres, carajo, y aterrizamos en alguna parte. Considero que es mucho mejor que lo que teníamos antes.

—¿Cómo sabes que aterrizamos?

Liz se acerca a mí cojeando para no apoyar de más la pierna.

—Porque el suelo está inclinado y frío, y por eso. —Señala algo detrás de mí.

Me doy la vuelta para ver qué es. Arriba, parece que uno de los compartimentos se desgarró y dejó un hueco largo y estrecho en el casco de nuestra bodega. Por la abertura se alcanza a filtrar una luz tenue y están entrando lo que parecen ser copos de nieve. Ahogo un grito y me echo hacia adelante, intentando ver mejor.

—¿Eso es nieve?

—Sí —dice Liz alegremente—. Y como no nos estamos asfixiando por inhalación de metano o algo, quiere decir que también está entrando oxígeno.

La esperanza me hincha el corazón y miro el techo. Vuelvo a mirar a Liz, llena de emoción.

—¿Crees que volvimos a la Tierra?

—No creo —dice Kira, y su voz suave interrumpe mis pensamientos. La miro y hago un gesto de dolor. Se ve muy mal, con todo el lado izquierdo de su delgado rostro amoratado y lleno de sangre. Tiene un vaso roto en un ojo y lo rojo contrasta con su piel muy blanca. Y también tiene la rodilla hinchada y va cojeando.

—¿Cómo sabes que no estamos en la Tierra? —le pregunto. Me niego a renunciar a la esperanza tan pronto—. ¿Cuántos lugares pueden tener oxígeno? Seguramente estamos en, no sé, Canadá o algo así.

—He estado escuchando lo que dicen a través de esta cosa —dice, señalando el auricular ensangrentado que aún trae en la cabeza—,

y dijeron que nos echarían en una «ubicación segura» para volver por nosotras después.

Liz se cruza de brazos con el ceño fruncido.

—¿Volver por nosotras? ¿O sea que nos botaron para que nos quedemos quietecitas y nos recogerán en un par de días? Que se vayan a la mierda.

—No sé cuándo —aclara Kira con gesto solemne—. Pero cuando mencionaron este lugar, definitivamente no estaban hablando de la Tierra. Se la pasaron mencionando a una nube de partículas, pero la única nube de partículas que recuerdo de mi clase de ciencias está en las orillas de nuestro sistema solar: la nube de Oort. Y si estamos recibiendo tanta luz —dice, señalando a la abertura en el casco—, no estamos ni cerca de Plutón. No creo que estemos en la Tierra. Y tampoco creo que estemos en nuestro sistema solar.

—Entiendo —responde Liz, y parece triste.

Yo sigo sin creerlo del todo. Es difícil no emocionarse al mirar la nieve que se cuela a la nave. Tenemos que estar en casa, ¿no? Allá afuera es invierno. Quizá nos dejaron en la Antártida. En este momento, prefiero la Antártida que un planeta desconocido.

—No quiero quedarme a esperar su regreso.

—Yo tampoco —dice Kira con un suspiro y un gesto de dolor mientras se soba el hombro—. Pero todas estamos heridas. No sé qué tan rápido podamos movernos o qué tan seguro sea salir. Bien podríamos estar flotando en un mar gélido lleno de tiburones comehumanos.

—Wow, Kira, eres todo un sol de esperanza, ¿no? —comenta Liz.

—Perdón. —Kira hace un gesto de pesar y se lleva la palma de la mano a la frente—. Ha sido un día infernal y siento que está por ponerse aún peor.

Se ve tan abrumada que quiero abrazarla. Me niego a pensar negativamente. Hay un guardia muerto, tenemos su arma y por ahora estamos lejos de nuestros secuestradores.

—Vamos a estar bien —les digo, con tono animado—. Ya se nos ocurrirá qué hacer.

—¿Se nos podría ocurrir qué comer? —grita Megan desde la otra esquina de la bodega inclinada—. Tenemos mucha hambre.

—Me parece bien comenzar por la comida —digo, mirando a Liz—. Veamos qué tenemos si se supone que deberíamos quedarnos aquí a esperar el regreso de los hombrecitos verdes.

Una hora más tarde las cosas no se ven nada bien. Encontramos suficientes barras para una semana y tenemos agua más o menos para ese mismo tiempo. Fuera de eso, no hay nada.

Además, sin contar lo que era del guardia que matamos, o bueno, que yo maté, no hay armas ni más ropa. Revisamos todo, golpeando paredes e intentando encontrar compartimentos secretos en la bahía de carga, pero no encontramos gran cosa. El único descubrimiento fue una especie de lámina gruesa como de plástico, pero no era lo suficientemente tibia o flexible como para que nos sirviera de nada.

—Estoy bastante segura de que Robinson Crusoe no estaba tan jodido como nosotras —bromea Liz.

No he leído *Robinson Crusoe*, pero estoy de acuerdo. Claramente no estamos equipadas para sobrevivir. No estamos equipadas para nada, y cada vez hace más frío en la bodega gracias a la nieve y el aire frío que se cuelan sin parar por la abertura en el casco.

—La verdad es que no lo entiendo —dice Liz mientras entrega barras de algas—. Si quieren que los esperemos aquí, ¿no creen que deberían habernos dejado más provisiones?

—Se te olvida que somos extras —señalo, mientras rechazo mi barra con un gesto de la mano. Que se la coma alguien más. Yo ya me siento bastante asqueada sin comer eso—. Mientras ellas estén intactas, lo demás no importa, ¿no? Y ellas no comen. —Señalo con el pulgar hacia los casilleros que siguen en su lugar en la pared—. Están en perfectas condiciones.

Naturalmente.

—¿Deberíamos despertarlas ya? —La idea de tener a un grupo de mujeres suspendidas a unos metros de nosotras sin tener ni idea de lo que está pasando a su alrededor me pone de nervios. Si mi nave se estrellara, ¿no querría saberlo?

—Claro que no —dice Liz—. ¿Cómo sabemos si tienen idea de dónde estamos? Es posible que ellas sigan acostaditas en su cama y los enanos verdes no existan. ¿A ti te gustaría despertarte para encontrar todo esto? Por cierto, estamos varadas y no tenemos mucho para comer.

—Buen punto. —Miro la habitación vacía, golpeteando mi pie descalzo y pensando.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Kira, acercándose a las chicas que están agazapadas para tener un poco de calor. Se ve agotada.

Liz me mira como si esperara una respuesta de mi parte.

¿Ahora yo soy la líder? Mierda. Pero... alguien tiene que hacerlo, y estoy harta de que nadie tenga ni una idea. Analizo nuestras opciones por un buen rato.

—Pues, si estamos en un planeta con oxígeno, supongo que hay más seres vivos por aquí. No sé mucho de ciencia, pero si la Tierra puede albergar distintas formas de vida, lo lógico sería pensar que este planeta también, ¿no? Podríamos estar muy cerca de una ciudad.

—Una ciudad llena de aliens —murmura alguien.

—Cierto. Pero no podemos quedarnos aquí a morirnos de hambre o de frío. Ahora hay sol, pero no sabemos cuánto tiempo nos queda antes de que llegue la noche...

—Ni cuánto durará la noche —agrega Kira.

—Tal vez sería mejor si dejas de ayudar —le dice Liz—. Como recomendación.

—Creo que al menos tenemos que comenzar una exploración —sugiero—. Ver qué hay, buscar agua y comida y traer el reporte.

—Pero la mayoría estamos heridas —comenta una chica entre sollozos. Tiffany. Parece ser muy inocente y se ve totalmente aterrada. Algunas aceptamos el secuestro con lóbrega resignación, y otras simplemente se quebraron. Tiffany es de estas últimas.

—Tú deberías ir, Georgie —sugiere Liz.

—¿Yo...? —tartamudeo.

—Eres algo así como la líder.

Cómo odio que no sea la única que lo pensó. Miro la nieve que cae por la abertura sobre nosotras. Se ve fría y yo traigo una pijama de shorts.

—¿Por qué soy la líder? Prácticamente fui la última en llegar. —Dominique fue a la única que capturaron después de mí.

—Sí, pero eres a la que se le ocurren los planes. Tú mataste al guardia, y Kira necesita quedarse aquí por si regresan los otros, porque ella trae la cosa de la oreja. Y mi rodilla está toda jodida. No llegaría muy lejos. Además, tú eres la que sabe usar el arma. —Liz me mira sacudiendo las pestañas con gesto encantador.

—Más bien sé cómo moler a golpes con el arma —respondo con tono burlón.

—Ya, Georgie, lo hiciste mucho mejor que todas las demás. En serio. —Suelta un golpe al aire, fingiendo que está boxeando—. ¿Quieres que te tararee la de «*Eye of the tiger*» para animarte?

—Uy, pues gracias —le digo, intentando estar molesta porque me acaban de aventar al ruedo. Pero la verdad es que tengo que ser yo, creo. Fuera de Kira y Liz, las otras no son buenas líderes. Todas están heridas, y quisiera señalar que tengo la muñeca jodida y me duelen las costillas, pero... todas están lastimadas. Liz está cojeando, Kira tiene una pierna molida y las demás son un desastre. ¿Quiero dejar mi destino en manos de otra y esperar que pueda hacer una exploración decente?—. ¿Alguien aquí sabe algo de supervivencia?

Alguien solloza. Fuera de eso, no hay más que silencio.

Claro. Ninguna está preparada para esto.

Junto a mí, Liz tararea «*Eye of the tiger*».

Le pinto dedo.

—Bueno, ya. Si voy a salir a la nieve, necesitaré un par de barras, el arma y algo de agua.

—No tenemos cantimploras —señala Liz—. Tendrás que comerte la nieve.

—Pero no la nieve amarilla —aclara alguien.

—Resulta que todas son comediantes, ahora que seré yo la que va a salir a explorar —gruño, pero estiro las piernas y toco mi muñeca y

costillas con un gesto de dolor. Es horrible, pero no tenemos muchas opciones—. Bueno, supongo que de algún modo voy a trepar para salir por ese agujero en el techo. Necesitaré ropa. —Miro mi pijama sucia—. Porque supongo que esto no bastará.

—Sé de dónde puedes sacar ropa calentita —dice Liz, y señala al guardia muerto.

—Ugh —exclamo, aunque estaba pensando lo mismo—. Esperaba que alguien hiciera el milagro de hacer aparecer una chamarra o algo así.

—Pues no pasó —comenta Tiffany, poniéndose de pie—. Yo te ayudo a desvestirlo.

Poco después, Tiffany y yo ya le quitamos la ropa al cadáver y estamos intentando descubrir cómo ponérmela. En vez de cierres y botones, tiene unas extrañas hebillas y correas invisibles, y huele a cloaca y sangre y otro aroma pungente y asqueroso, pero es sorprendentemente térmico. La chamarra me queda un poco apretada en el pecho y me hace ver como si tuviera una sola teta, pero no me importa no estar a la moda. Los problemas más grandes son que no hay guantes para mis manos y que los zapatos están diseñados para alguien que solo tiene dos dedos gigantes en vez de cinco pequeñitos. Meto los pies como puedo en cada zapato, pero me lastiman.

Aun así, supongo que es mejor que nada, y eso es lo que tenía antes.

—Mantén las manos metidas en la chamarra —sugiere Tiffany—. Tu propio calor corporal te ayudará.

Asiento y me guardo el arma en la parte de adelante de la chamarra, dejando que el largo cañón descanse entre mis tetas. Me trenzo el cabello sucio para quitármelo de la cara, agarro las barras que Liz me ofrece y tomo aire.

—Iré lo más lejos que pueda —les digo a las demás—. Buscaré ayuda. O gente. O comida. Algo. Pero volveré. Si para mañana no he regresado, pues, eh... no vayan a buscarme.

—Dios mío, ojalá hubiera algo de madera para tocarla en este momento —comenta Liz—. No digas esas cosas.

—Estaré bien —le digo, aunque no lo creo tanto—. Ahora, ayúdenme a acercarme al techo para poder salir.

Movemos la mesa y dos chicas la sostienen mientras me subo y Liz y Megan me empujan para llegar más alto. Me duele horrible la muñeca, pero sigo trepando y retorciéndome hasta llegar a la parte abierta del casco. El agujero tiene el tamaño suficiente para poder pasar por ahí, y para cuando llego a donde hay aire fresco, el dolor en mi muñeca me hace gritar de dolor y cada vez siento más frío. Me puse los shorts en la cabeza como si fueran un gorro y una bufanda, y usé la tela sobrante para taparme la garganta. Mi rostro se asoma por un pequeño agujero. Estoy segura de que no es un *look* sexy, y los shorts están muy sucios, pero agradezco tenerlos. Siento que el viento está gélido y ni siquiera he sacado la cabeza por el agujero.

Pongo las manos en el metal helado y maldigo cuando siento que los dedos se me quedan pegados. Los arranco con cuidado, haciendo un gesto de dolor por la sensación de agujas encajándose en mi piel. No solo hace frío, hace un frío de mierda. Uso mi brazo bueno, que ahora está cubierto con el grueso uniforme del alien, para jalarme y subir un poco más. Mientras cruzo mi torso por el agujero en el casco, tengo una visión en la que un alien se traga mi cabeza en cuanto la saco.

«Eso no ayuda, Georgie», me digo. Saco la imagen de mi mente mientras termino de cruzar el agujero y miro a mi alrededor.

La buena noticia es que el viento no es tan fuerte aquí arriba como pensé. La nieve cae tranquilamente en gruesos copos mientras arriba brillan los dos soles.

Dos soles.

Dos malditos soles.

Los miro con los ojos entrecerrados, asegurándome de que no me golpeé la cabeza cuando nos estrellamos y ahora estoy viendo doble. Pero no, sí hay dos soles. Casi parecen un ocho, pues uno de los soles es más pequeño y menos brillante y está sobre el más grande. En la distancia se ve una enorme luna blanca.

—No es la Tierra —digo hacia abajo. «Mierda». Contengo el loco impulso de echarme a llorar por la decepción. Tenía tantas ganas de salir y ver un edificio a lo lejos que me diría «oh, es solo Canadá o Finlandia».

Los dos soles acabaron por completo con esa esperanza.

—¿Qué ves? —me grita alguien desde abajo.

Miro alrededor de la nave estrellada, a la nieve que cae por todas partes. Luego levanto la vista. En la distancia hay otras montañas, o al menos a mí me parece que son montañas, que parecen enormes cristales de hielo púrpura del tamaño de un rascacielos. Son diferentes a esta montaña. Esta es de pura roca. No hay árboles. No hay nada más que nieve y piedras escarpadas. Parece que nuestra pequeña nave rebotó en uno de los acantilados cercanos, y probablemente eso fue lo que le hizo el agujero.

Busco criaturas vivientes o agua. Algo. Lo que sea. Pero no hay nada más que blancura.

—¿Cómo se ve? —pregunta alguien más.

Me paso la lengua sobre los labios y odio que ya los tengo entumidos por el frío. Soy una chica del sur. El frío no nos hace bien.

—¿Han visto *Star Wars*, las originales?

—No me digas...

—Sip. Parece que aterrizamos en el maldito Hoth. Salvo porque veo dos soles chiquititos y una luna gigantesca.

—Entonces no es Hoth —grita Liz—. Era el sexto planeta contando desde su sol, y no recuerdo que tuviera una luna.

—Okey, nerd —le respondo—. Entonces a este lugar lo llamaremos No-Hoth. Cubran este agujero con plástico mientras no estoy. Las ayudará a mantener el calor.

—Te irá bien —me dice Liz.

—Que tengas boca de profeta —le grito, y luego abandono la protección de la nave.

¿Que cómo es caminar por este paraje nevado con nada más que ropa alien prestada y un arma que no sé cómo disparar? Pues requiere hasta la última gota de valor que tengo en mi cuerpo. Voy temblando mientras avanzo torpemente entre la nieve. No tengo ni idea de cómo enfrentar el invierno. Soy de Florida, carajo. Puedo con las cucarachas. Puedo con los caimanes. Pero no puedo con mis botas